

**Lourdes Oñederra**

## **Lamentos de finales de verano, uda-azken...**

(Recolección de noticias y anécdotas que me han enturbiado en distintos grados un buen verano)

*Galde*, 42, Otoño de 2023.

Lamento que sólo quien sabe leer bien y, por lo tanto, dar sentido al texto sea consciente del error de quitar las tildes de los pronombres éste, ésa, etc. y del adverbio sólo.

Esos acentos marcan ritmo, imprescindible al dar sentido (es decir, entender) lo que se lee sin tener que esperar al punto final. No me consuela mucho saber que en la RAE hay quien también lo lamenta. Se han impuesto, al parecer, las mayorías menos (in)formadas. Me consolaría más que volvieran las horas dedicadas en la educación a la lectura en voz alta. Se escribiría y hablaría mejor; no sobrarían las marcas de acento.

Lamento que la misma señora que ha contado a sus compañeras de piscina que ella cada año se compra un bikini nuevo (tira el de hace tres y así tiene siempre tres bikinis) diga literalmente que hace un calor que te cagas. El marido sale del agua diciendo que el agua es un puto caldo. Lamento la falta de niveles de habla, el empobrecimiento de los recursos estilísticos.

Lamento el gran silencio que perdura, la palabra ausente, lo innombrable. Lo corroboré en agosto en la fascinante pastoral de 2023, en Ordiarp/Urdiñarbe. Va de 1914 a 1977, ETA no se menciona ni de refilón. La plástica y musical- mente bella simpleza ignora en su narración arcaizante, por ej., cuántos ciudadanos vascos eran (son, posible- mente, aún algunos) franquistas. Consolida la visión de que la Guerra Civil fue de españoles contra vascos... esa mentira que ha sido y es un poderoso justificante de la violencia de ETA.

Lamento que tantos comentaristas deportivos se ceban con el indigno presidente de la Federación, como si la prepotencia que exhibe fuera algo exclusivamente individual, como si su chulería no tuviera nada que ver con el contexto y el ambiente futbolero general. ¿Qué importancia han dado ellos mismos en sus programas al deporte femenino? No me consuela de modo convincente nuestra gran indignación, cuando recuerdo, por ej., cuánto más escaso ha venido siendo todos estos años el público de las tandas femeninas en la regatas de San Sebastián.

Lamento que desaparezcan las tiendas. Duelen especialmente los cierres de librerías. No me consuelan las quejas cosméticas de tanta-tanta gente que recurre por comodidad a Amazon. Incoherencia. Lamento que en San Sebastián haya cerrado Lagun, la librería heroica, el faro que nos señalaba el puerto de la convivencia en el que aún una parte importante de este pueblo no ha entrado. Como compra de despedida me hice, entre otras cosas, con la antología de Imanol editada en 2022 y, en pleno ahogo de melancolía, oí «Al oído» con letra de Alfonsina Storni. Lamento que el olvido avasallador al que individual y socialmente sucumbimos nos haya borrado la canción. Habría sido una excelente ilustración de lo sutil del consentimiento («no hagas mi boca presa/bésame quedo en los ojos»). Lamento la torpeza (supongo que interesada) de los y las líderes nacionalistas que reivindicaban en nombre de la ciudadanía vasca, catalana o española, como si éstas fueran uniformes. La pastoral de Zuberoa les es a la mayoría de vascos y vascas de Hegoalde (concediendo terminología) tan ajena como algo que ocurriera en Marte. Las calles de

Vitoria se llenan estos días de fans de Bisbal.

Lamento la desgracia desgarradora de las niñas afganas, de sus madres. La de las escuelas palestinas, la de los niños y niñas ucranias en los refugios, la de quienes se ahogan en el mar intentando llegar aquí. Lamento nuestra impermeabilidad al dolor ajeno, nuestro silencio ante las devoluciones en caliente, que nos baste con poder ir de vacaciones adonde más nos apetezca.

Reconozco con mala conciencia pertenecer a esta sociedad a la que los expertos en ansiedad recomiendan no hacer caso de las malas noticias mientras durante el mes de agosto han llegado cada día y sólo a la comunidad indígena de Bajo Chiquito del Darién panameño entre 2.000 y 3.000 personas migrantes. Los más de 700.000 rohingyas de Myanmar que huyeron el 25 de agosto de 2017 siguen en los campos de refugiados del sureste de Bangladesh. Son ya un millón de personas y la ayuda humanitaria que reciben resulta cada vez más insuficiente. Lamento cómo envejecemos acumulando experiencias pero sin aprender mucho, sin entendernos a nosotras mismas, sin resignarnos a no saber de qué va la vida. Tal vez sea eso.